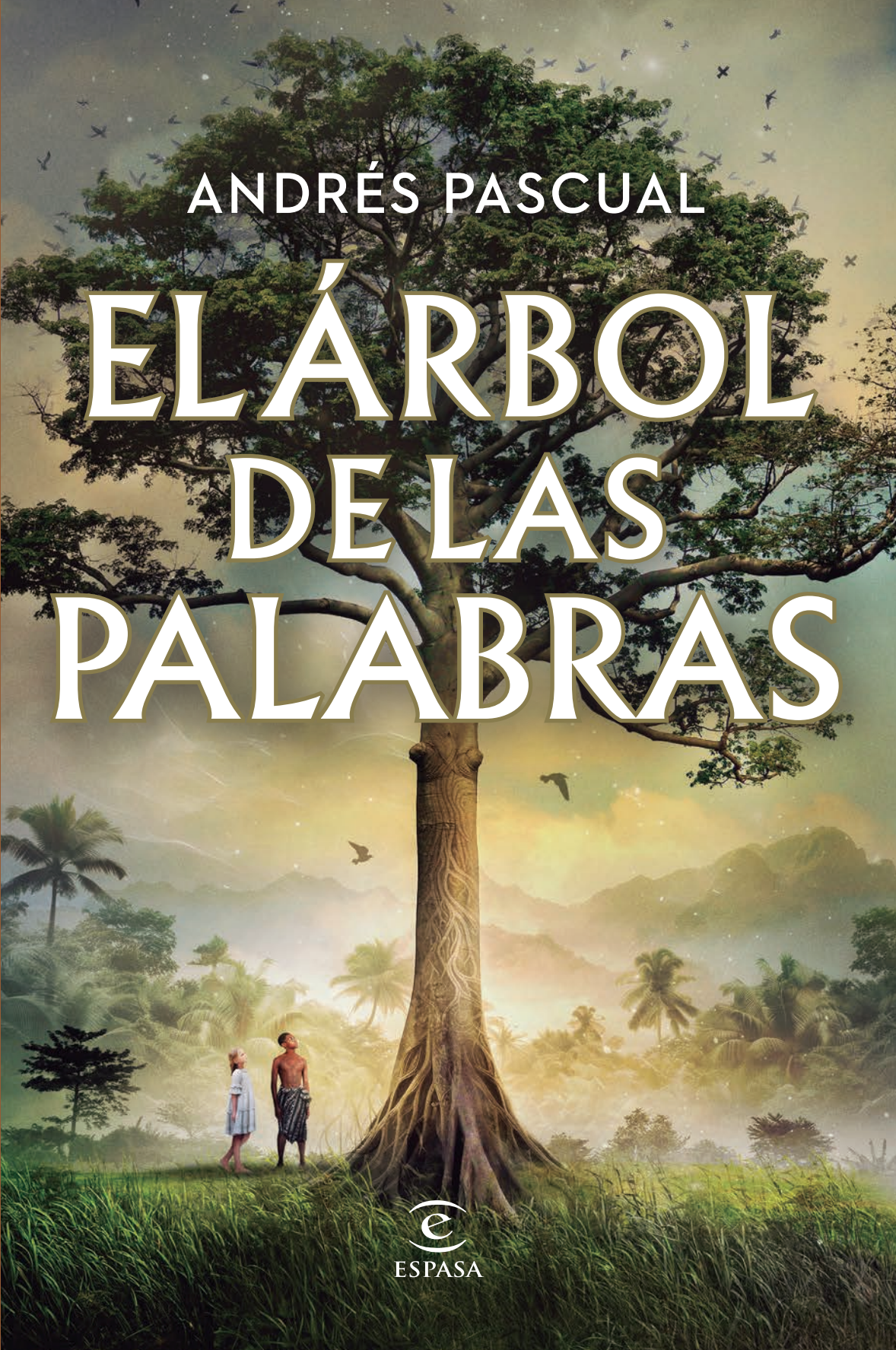




ANDRÉS PASCUAL

EL ÁRBOL DE LAS PALABRAS


ESPASA

ANDRÉS PASCUAL

EL ÁRBOL DE LAS PALABRAS



© Andrés Pascual Carrillo de Albornoz, 2024
© por el mapa, CalderónSTUDIO®
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 14.193-2024
ISBN: 978-84-670-7266-2

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Rotoprint
Impreso en España-*Printed in Spain*



Playa de Ureka, sur de la isla de Fernando Poo
1884

—No tengo miedo —repetía Ökkó, intentando convencerse a sí mismo.

Pero claro que lo tenía. Y mucho.

A pesar de que ya habían sembrado trece veces desde que vino al mundo, nunca había visto una tormenta igual. La espuma de las olas se alzaba como los brazos de las mujeres en los rituales. El viento arrastraba ramas desde la selva, que llegaba hasta el borde de la playa. Se resguardó detrás de una piedra volcánica, aferrado en cuclillas a su pequeña lanza. El agua caía a chorros por su rostro y su cuerpo delgado, desnudo salvo por el taparrabos de piel. Tiritaba de frío. Las corrientes cálidas marinas y el relieve de la isla solían mantener las temperaturas siempre altas, pero aquella noche todo era distinto. Cientos de espíritus de la etnia bubi debían de haberse congregado para provocar el naufragio del monstruo de hierro.

—No tengo miedo...

Pasó la mano por la pequeña cresta que su madre le dejaba cuando le rapaba el pelo como a los viejos guerre-

ros y se asomó por encima de la roca. Frente a él, la arena negra; más allá, el mar enfurecido. Aguantó la mirada fija en la oscuridad tratando de divisar el barco que un escollo había herido de muerte. Las velas rasgadas envolvían los palos. Un tubo echaba humo mientras se inclinaba hacia el agua. Un relámpago chasqueó sobre la cubierta y destellaron los ojos de buey. Ökkó entornó los suyos. El ruido de la tempestad solapaba los gritos y las plegarias.

No era la primera vez que veía una embarcación de ese tamaño. Coincidiendo con la anterior luna llena, un pescador advirtió la presencia de una goleta similar en la lejanía y movilizó a toda la aldea, que estaba levantada un par de kilómetros tierra adentro. Aquel día hubo opiniones enfrentadas sobre si era conveniente hacer fuego para llamar su atención y que fondease, pero ahora tenía claro que una mole así no podía traerles nada bueno. El hecho mismo de que hubiera llegado flotando ya era cosa de magia. No entendía cómo los mismos brujos blancos que habían conseguido una proeza semejante no eran capaces de calmar la tempestad.

El ánimo del chico cambió de forma radical cuando se dio cuenta de que, en cualquier momento, las olas empezarían a traer objetos que les serían de utilidad en la aldea. En la bodega de esa nave habría un sinfín de cosas: el tabaco y el licor que tanto les gustaban a los mayores, tal vez incluso cajones de armas o baúles con algún tesoro. Le entró la prisa por acercarse a la orilla para buscar barriles varados. Se puso en pie y se cubrió la frente con el brazo para crear un toldillo que de poco servía, ya que las rachas de lluvia también azotaban en horizontal.

—¡Ökkó! —le advirtió una voz que se esforzaba por hacerse oír—. ¡Agáchate!

Era Ribobò, otro imberbe que se empeñaba en titularse como jefe de la banda de amigos. Su único mérito era ser más corpulento que los demás; tanto que resultaba un poco deforme. Demasiado brazo y torso para aquella cabecita adolescente, con el rostro infestado de granos y la expresión a medio hacer. Estaba escondido entre los matorrales a los pies de la cascada. La playa de Ureka era un prodigio natural, con saltos de agua dulce que vertían directamente a la arena y formaban lagunas que abrazaba la marea, pero aquella noche el edén se había tornado en infierno.

Un poco más allá se ocultaban Tötyí y Epa'á, ambos más bajitos y con abundante pelo rizado. El uno tenía la nariz muy grande; el otro, las orejas de soplillo. En todo lo demás se parecían mucho, sobre todo en los gestos y en la forma de silbar, sin duda por el tiempo que pasaban juntos. Con cada trueno se cogían de la mano y se acurrucaban detrás de su roca.

Los cuatro amigos rondaban aquella edad en la que habían dejado de ser niños, pero aún estaban lejos de considerarse adultos. Habían tomado sus nombres de guerra de animales que habitaban el paraje: Ökkó —Búho—, porque siempre tenía los ojos muy abiertos; Tötyí —Caracol—, porque andaba despacio; Epa'á —Puercoespín—, porque pinchaba con sus bromas; y Ribobò —Araña—, porque le gustaba dar miedo. Este último, además, tenía un tatuaje en el rostro de ocho líneas, cuatro a cada lado, que parecían las patas del animal. Solo se llamaban así entre ellos y cuando no había nadie delante, por una mezcla de pudor y de orgullo de sociedad secreta. De hecho, se habían desplazado a la playa en plena tormenta por una especie de ceremonia para afianzar su círculo de lealtad, sin poder imaginar que iban a encontrarse con aquel coloso agonizante.

—¡Que te van a ver! —insistió Ribobò, agitando hacia abajo sus dedos como batatas—. ¡Las armas de los blancos matan de muy lejos!

—¡Ahí no hay nadie!

—¿Cómo puedes saberlo?

—¡Se habrán ahogado todos!

—¡Pues aún peor, estarán sus cuerpos!

—¡Como si nunca hubieras visto uno!

—¡Cuerpos blancos! ¿Tú qué sabes lo que los españoles hacen después de muertos?

—¡Lo único que hacen es olvidarse de sus cosas! ¿No entiendes que todo lo que traen en ese barco puede ser nuestro?

Escudriñó a través del manto de lluvia tratando de identificar formas humanas en tierra, pero las dunas de agua y sal se habían tragado a los marineros. Solo quedaba la negrura, salvo cuando los rayos mostraban el balanceo del casco abierto. Otro feroz golpe de viento le obligó a girar la cara. Las gotas eran espinas.

—¡Haz lo que quieras! —resolvió Ribobò, adoptando un tono paternalista para disimular el pánico—. ¡Pero como te acerques demasiado a la orilla, las olas te llevarán para dentro!

Eso era cierto. El mar de Ureka tenía brazos largos. No sería la primera vez que robaba un niño en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Habrá gigantes! —intervino Tötyí desde su escondite.

—Pero ¿qué dices? —saltó Epa'á, apartándose de él con una mueca de repulsa.

—¿Quién si no puede remar esa barca?

—¿No temes a los gigantes, Ökkó? —siguió Tötyí.

—¡Yo solo sé que, si me quedo aquí parado, me moriré de frío!

Sus dientes castañeteaban, pero lo que le empujaba a moverse era el deseo de llevar a los viejos de la aldea los bienes que trajera el mar y convertirse en un héroe. Su padre, el miembro de la tribu que mejor conocía el bosque y guía oficial del jefe, había muerto un año antes y se sentía en la obligación de demostrar a sus vecinos que estaba a la altura. Solo necesitaba convencerse de que frente a él se extendía su playa de siempre, recorrer un tramo y tantear hasta que diera con algo que mereciera la pena. Tampoco es que fuera a jugarse la vida. Estaba oscuro y el temporal confundía los contornos, pero ya tendría cuidado de avanzar en la dirección correcta y aprovechar los instantes de luz de los relámpagos para no caer en las hondonadas que formaban las corrientes.

Por si necesitaba algo para terminar de convencerse, en su árbol de las palabras había una que resonaba con más fuerza que nunca:

«Valor».

—¡Vosotros haced lo que queráis, pero yo voy! —sentenció.

Ribobò se irguió como un resorte empujado por su orgullo, pero otro rayo iluminó la goleta que, dado su inmenso tamaño, parecía estar a un paso. Se quebró el palo mayor y el viento hinchó el velamen que aún quedaba enganchado a los aparejos, mientras de sus entrañas salía un quejido metálico. El bubi volvió a agacharse y se cubrió la cabeza con los brazos, como si de esa forma pudiera evitar que el monstruo lo engullera.

Ökkó no esperó más. Tragó saliva, alzó la lanza como los cazadores y se encaminó hacia el frente.

Sus compañeros le observaron desde su escondrijo con incredulidad, admiración... y espanto, cuando una rama partida de los árboles que crecían junto a la cascada cayó

latigueando y botó hacia donde él se encontraba. Escuchó sus gritos, se volvió y tuvo tiempo de arrojarle al suelo, evitando *in extremis* que le seccionase la cabeza, pero no consiguió librarse de un corte profundo en el antebrazo.

Contuvo un alarido. Brotó la sangre. Le escocía. Cogió un puñado de barro que colocó como emplasto y apretó los dientes. Había ido demasiado lejos. Ya buscaría los restos del barco cuando la tormenta amainase, aunque eso supusiera compartir la gloria con los demás miembros de la tribu.

Mientras se recuperaba del susto con una rodilla hincada en la arena, vio que Epa'á agitaba los brazos.

No tuvo tiempo de interpretar la señal. De súbito sintió un golpe en la espalda, tan fuerte que le hizo caer de bruces. ¿Un barril arrastrado por una ola? Sin darle tiempo a reaccionar, algo enorme le agarró el cuello desde atrás y comenzó a apretar.

Era un marinero con una herida en el cráneo. Tal vez porque la sangre que había perdido le había hecho perder también el juicio, o porque le angustiaba la idea de haber sobrevivido a un naufragio para ir a parar a una playa de salvajes que se lo comerían vivo, seguía apretando la tráquea del muchacho como si acabar con aquella vida fuera lo único que podía dar sentido a lo poco que restaba de la suya.

Ökkó le hincaba las uñas sin conseguir que aflojara ni un ápice. Iba a morir ahogado, pero no iba a ser el mar quien se lo llevase, sino alguien a quien ni tan siquiera había visto el rostro. Soltó unos puñetazos hacia atrás, pero era como dar contra un muro de adobe. Distinguió su lanza en el suelo. Estiró una pierna. Casi podía tocarla con la punta del pie. Tensó el cuerpo para ganar unos centímetros y consiguió asirla con el dedo gordo y el se-

gundo. La levantó lo suficiente para cogerla con la mano, pero enseguida hizo aparición la palma callosa del marinero, que se la quitó de encima como si fuera la trompa de un mosquito.

A medida que se quedaba sin aire, fue serenándose.

Sus amigos Tötyí y Epa'á lo contemplaban horrorizados sin abandonar sus posiciones, tan bloqueados como Ribobò, que seguía agazapado. Pero en esos momentos en los que todo pasaba a una velocidad diferente, Ökkó no les echaba en cara que no lo ayudasen. Tan solo lamentaba que se les acabara su tiempo juntos. Quería cazar antílopes con ellos, subir al pico donde las nubes te engullen, enseñar a un loro a pronunciar sus nombres y echarlo a volar para que los repitiera a lo largo y ancho de la isla...

Abrazado a esos pensamientos, se dejó ir.

No se percató de que, unos metros más allá, un hombre alto se abría paso a través de la oscuridad y el manto de agua. Lento.

Implacable.

Arrastraba los pies con aire agotado, tirando de un objeto largo parecido a una espada antigua que iba dejando un surco en el suelo. Las vestiduras oscuras hasta los pies, caladas por completo, se adherían a su cuerpo fibroso. La barba poblada y el pelo negro hasta los hombros también chorreaban. Su boca dibujaba un rictus durísimo, los músculos del cuello en tensión, los ojos salidos de las cuencas. Comenzó a santiguarse con una mano mientras, con la otra, seguía aferrado a lo que resultó ser una gran cruz de madera. Dio los últimos pasos hasta el lugar donde el marinero apretaba el cuello de Ökkó.

—¡Suelta al chico! —gritó.

Como única respuesta, las entrañas del barco emitieron otro lamento que la tormenta apagó con un trueno.

—¡Suéltalo, lo estás matando!

Para el marinero no existía el mundo.

Y Ökkó apenas estaba ya en él.

El hombre alto, envuelto en lluvia, no lo pensó más.

Levantó la cruz hacia un lateral con ambas manos como si fuera un martillo medieval, trazó una curva en el aire y con uno de los brazos de madera reventó la cabeza del marinero, que cayó desplomado.

Ökkó también se estampó de bruces en la arena. Permaneció así unos segundos hasta que sus pulmones reaccionaron. Aspiró más aire del que podía albergar, tosió, dolorido, rompiéndose por dentro, y se desmayó, hecho un ovillo a los pies de su salvador, no sin antes clavar la mirada en la cruz invertida que aquel utilizaba para mantenerse en pie.